

# LIBROS

*David Toscana*

EL EJÉRCITO CIEGO

*Carmen Domingo*

LA SOLEDAD FUE EL PRECIO. VIDA DE  
CARMEN DÍEZ DE RIVERA

*Jacob Mchangama*

LIBERTAD DE EXPRESIÓN.  
UNA HISTORIA GLOBAL DESDE SÓCRATES  
HASTA LAS REDES SOCIALES

*Alberto Chimal*

LAS MÁQUINAS ENFERMAS

LAS ESTANCIAS SECRETAS

*Alain Corbin*

y

*Hervé Mazurel*

HISTORIA DE LAS SENSIBILIDADES

*Dario Džamonja*

PÁJARO EN EL ALAMBRE

## NOVELA

### Ver a los ciegos

por Ana García Bergua



**David Toscana**  
EL EJÉRCITO CIEGO  
Ciudad de México, Alfaguara,  
2026, 240 pp.

Al parecer, solo los historiadores conocían este episodio, aunque en la literatura mexicana Verónica Murguía ya lo había mencionado en su hermoso y terrible cuento “El ángel de Nicolás”: cegar a los ejércitos enemigos como una forma de humillación fue una práctica común en la antigüedad. Pero es verdad que aquel ejército búlgaro de quince mil ciegos pasó por la historia de la humanidad y de la literatura sin que nadie se detuviera a verlos con atención, ni a preguntarse quiénes fueron y cómo hicieron para regresar a sus pueblos, qué les pudo haber pasado. Quince mil, dicen, que pudieron haber sido ocho mil, pero son muchos de todas maneras, o catorce mil ochocientos más treinta y cuatro, como cuenta el personaje del Numerista en esta novela de David Toscana. La verdad es que, al escuchar

hablar de una novela sobre ciegos, yo pensé en Saramago, por supuesto, y en Onetti, o en el ciego terrible de *Los olvidados* de Luis Buñuel, pero los ciegos reinterpretados por Toscana son otra cosa, el autor los ha conducido a otro lugar literario que no habían visitado hasta ahora.

Para quien no lo sabe, estamos en el año 1014, en la batalla de Klyuch, Clidium o Clidio, culminación del conflicto entre el primer Imperio búlgaro y el Imperio bizantino. El 29 de julio de aquel año, los búlgaros, derrotados por el ejército del emperador Basilio II, son hechos prisioneros y devueltos a su tierra, pero, como gesto de humillación, el emperador ordena sacarles los ojos. ¿Cómo se les puede sacar los ojos a quince mil soldados? Se cuenta que el zar Samuel, su emperador, al verlos sufrió un ataque al corazón y murió de la pena. La novela de David Toscana narra el regreso de estos hombres desojados a sus lugares de origen, esta historia de ojos perdidos, con ánimo humorístico y algo despiadado, ojos como canicas con los que juegan los ciegos, ojos azules que se perderán como joyas preciosas, ojos que se lavan y descarnan como extraños peces, mujeres que desean ser vistas

por pares de ojos sin hombre, ciegos que ven con el solo empeño de ver sin ojos. Y con ellos sus dueños, una galería de seres conmovedores con nombres musicales: Prémeld, el carpintero que perdió a su hija de verdad y a su hija de madera; el panadero Nikifor, cuya hermana, dice, no pudo disfrutar a su marido porque fue enviado a la guerra el mismo día del matrimonio; Aleksí, al que llevan con engaños a empujar la piedra del molino; Timotei el titiritero; Bromo el cerdo; Apóstol el espantapájaros que vuela como un cuervo; Kozaro el escriba; el mencionado Numerista, entre otros. Algunos horribles como Panteleimón, obsesionado por “consolar” a las viudas. Aunque no hay nada propiamente mágico en esta novela, el deseo y el ingenio humano operan como una especie de magia curativa, tanto en los personajes como en el lector.

“Cuando se cortan cabezas, los verdugos no andan correteando a sus víctimas.” Alrededor de los ciegos se reúne una especie de economía de la ceguera, comenzando por Maese Zósimo, el sacaojos, el médico Dimitar, que no pudo salvar a Samuel y trata de injertar ojos de cerdo en las cuencas vacías, el judío Moskono, que fabrica

ojos de cerámica, los cuales sirven a otro ciego para hacer trucos de malabares. Los ciegos buscan sus casas, beben, juegan a lanzarse ojos gritando “¡bo!”, bailan haciendo percusiones con los huesos de los soldados muertos, se lanzan al mar en un gozo infinito, tienen que fingir que no están ciegos para que no los maten, buscan, finalmente, recuperar el sentido de una vida que les ha sido arrebatada peor que si se las hubieran quitado por completo, y en eso la novela adquiere un tinte filosófico. Al sentimiento de atrocidad lo sustituye una ligereza de novela un poco picaresca, a la Diderot, sin que se le quite por ello la humana profundidad. A veces los ciegos son un nosotros que narra como novela coral, a veces los vemos desde una voz presente e impasible como en una rara película; cada breve escena, numerada con los caracteres del alfabeto glagolítico, nos depara una nueva posibilidad fascinante de aquella historia. La ceguera y la locura se acercan en esta especie de ópera —más que fábula, pienso yo, pues así se la ha definido— juguetona y trágica a la vez, virtuosa y conmovedora, como tantas otras novelas del gran David Toscana. ~

**ANA GARCÍA BERGUA** es narradora y ensayista. Su libro más reciente es *La escalera eléctrica* (UANL, 2023).

## BIOGRAFÍA

# Secretos a voces

por **Ignacio Martínez de Pisón**



**Carmen Domingo**  
LA SOLEDAD FUE EL  
PRECIO. VIDA DE CARMEN  
DÍEZ DE RIVERA  
Barcelona, Tusquets, 2026,  
379 pp.

Que Sonsoles de Icaza mantenía una relación extraconyugal con Ramón Serrano Suñer, el Cuñadísimo, era un secreto a voces entre las clases altas del Madrid del primer franquismo. Que Carmen Díez de Rivera, la cuarta de

los cuatro hijos del matrimonio de Sonsoles con el marqués de Llanzol, era fruto de esa relación, también. Las fotos reproducidas en *La soledad fue el precio* no mienten. La de la pequeña Carmen en compañía de sus hermanos mayores (ella rubia de ojos claros y los otros tres morenos de ojos oscuros) resulta bastante elocuente, y lo mismo puede decirse de otras fotos en las que el parecido entre Carmen y su padre biológico salta a la vista.

La relación entre los matrimonios Serrano-Polo y Díez de Rivera-Icaza se mantuvo durante años dentro de los límites de la cordialidad y el afecto. Las dos familias compartían veraneos, los hijos de unos y otros se dispensaban trato de primos y Carmen crecía llamando tío Ramón a su verdadero padre. La lógica narrativa exigía que acabara pasando lo que finalmente pasó: que los adolescentes Carmen Díez de Rivera y Ramón Serrano Polo se enamoraran y, para evitar una boda entre hermanos, la verdad saliera abruptamente a la luz. El fin de la inocencia. Adiós, luz de los veranos...

Ese hecho, en el que el libro de Carmen Domingo no se detiene demasiado, es el punto que explica y da sentido a la biografía íntima de Díez de Rivera, incluidas sus complicadas relaciones con los hombres en general y con su padre biológico y su madre en particular, incluidas también sus frecuentes crisis espirituales y su evolución política, que acabará constituyendo toda una impugnación de sus orígenes.

Una mujer como ella, nacida y criada en lo más granado de la élite franquista, se alineó con la oposición al régimen adscribiéndose a la pequeña formación socialdemócrata de Dionisio Ridruejo y, tras la muerte de Franco (y del propio Ridruejo), militó en el PSP de Enrique Tierno Galván, para, tras un breve paso por el CDS, concluir su trayectoria política en el PSOE, partido al que representaría en el Parlamento Europeo en dos legislaturas: en total, un cuarto de siglo

moviéndose en la órbita de la socialdemocracia. Ni siquiera durante los años en que estuvo próxima a Adolfo Suárez renunció a su ideario socialdemócrata, que algunos voceros de la reacción deformaron aviesamente para acusarla de infiltrada comunista (y hasta de espía del KGB), llegando a difundir el bulo de que por tal motivo había sido condenada a arresto domiciliario.

He hablado de biografía íntima, pero en el libro de Carmen Domingo la dimensión privada de su figura queda algo desdibujada al lado de su dimensión pública. Una de las razones podría ser el propio hermetismo del personaje, tan reservado que, poco antes de morir, optó por destruir sus diarios, privándonos así de un valioso testimonio que habría ayudado a iluminar no pocas zonas de sombra. En esos diarios, de los que solo conocemos los fragmentos que accedió a mostrar en vida, podrían estar las respuestas a algunas de las preguntas que se hace el lector de *La soledad fue el precio*.

Sabemos de la conversación que, entre lágrimas, mantuvieron la madre y la hija tras la muerte del marqués de Llanzol. Fue entonces cuando la madre se sinceró sobre su historia de amor con Serrano Suñer y cuando la hija, que no le perdonaba haberle ocultado las circunstancias de su origen, acabó disculpándola. Sabemos que Serrano Suñer no se comportó como un padre ejemplar con respecto a Carmen y que, por ejemplo, ni siquiera fue a visitarla en la clínica en la que agonizaba, que estaba a solo cincuenta metros de su domicilio. Sabemos también que Carmen mantuvo una relación muy estrecha con una de sus hermanastras (pero no sabemos mucho sobre su relación con los demás, incluido su antiguo novio). Sabemos asimismo que las tensiones familiares y domésticas acabaron abocándola a la anorexia... Sabemos, en fin, bastantes cosas sobre esa dimensión privada del personaje, pero

tenemos la sensación de que podríamos saber algunas más y de forma más precisa. Qué matices y detalles habrían aportado a la historia las páginas destruidas de los diarios es algo que nunca podremos saber.

Otra de las facetas más apasionantes de la biografiada es su atormentada vida interior, que la llevó en diferentes etapas de su existencia a buscar consuelo en la religión. Si a su muerte quiso que sus cenizas se custodiaran en un convento de carmelitas descalzas de Arenas de San Pedro fue porque en ese convento de clausura había ingresado siendo muy joven. Después de eso pasó tres años como cooperante de una misión católica en una selva africana. Más tarde, dedicada ya a la política, adoptó la costumbre de retirarse cada cierto tiempo a descansar en una congregación religiosa de Jerusalén... En palabras de su amigo Francisco Umbral, Díez de Rivera se iba retirando “a sus clausuras interiores a las que siempre vuelve”. ¿Se abrazaba a la religión en busca de un bálsamo que aplacara el dolor de sus viejas heridas?

Las dos vertientes del personaje tienen su propia piedra angular. Si la de su vertiente privada es la peculiaridad de su concepción, la de su vertiente pública es la estrecha relación que mantuvo con Adolfo Suárez en los momentos clave de la Transición. Ahí sí que Carmen Domingo anda sobrada de fuentes a las que acudir, y su reconstrucción de aquellos años decisivos tiene algo de biografía política de la propia sociedad española. Colaboradora de Suárez desde fecha tan temprana como 1969, entre 1976 y 1977 ocuparía durante diez meses el cargo de directora de gabinete del presidente del gobierno.

En aquellos diez meses España estaba diseñando su futuro en democracia y todo tenía una trascendencia histórica, incluida la legalización del PCE, de la que Díez de Rivera era firme partidaria. Su relación con Suárez empezó a languidecer muy poco

después y terminaría de romperse tras el efímero paso de ella por el CDS, en protesta por la decisión de integrar el partido en la Internacional Liberal.

Díez de Rivera, que suele ser recordada por esos diez meses en que ejerció de mano derecha de Suárez, tuvo sin embargo una trayectoria política tanto o más relevante en los doce años en que ocupó un escaño en el Parlamento Europeo. Tenía una indiscutible visión de futuro. En una época en la que los vuelos *low cost* eran todavía una rareza, destacó en la defensa del medio ambiente frente al turismo de masas. Por entonces, cuando la Unión Europea tenía solo quince miembros (y no veintisiete, como ahora), se adelantó a discutir la necesidad de la unanimidad en la toma de decisiones. El libro de Carmen Domingo, además de reconstruir su apasionante peripecia personal, acierta a reivindicar su talla política, no suficientemente valorada en su momento. ~

**IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN** es escritor. En 2024 publicó *Ropa de casa* (Seix Barral) y en 2026 ha publicado el ensayo *Dos tardes con Benito Pérez Galdós* (Alianza).

## ENSAYO

# Alegato en favor de la palabra libre

por **Manuel Arias Maldonado**



**Jacob Mchangama**  
LIBERTAD DE EXPRESIÓN.  
UNA HISTORIA GLOBAL  
DESDE SÓCRATES HASTA  
LAS REDES SOCIALES  
Traducción de Sira Casariego  
Madrid, Ladera Norte, 2026,  
552 pp.

“Eres un precio terrible a pagar por la libertad de prensa”, dice un editor neoyorquino al famoso Walter Winchell en la novela que Michael Herr dedicó al controvertido periodista estadounidense. Inventor de la

columna de chismorreos que llegó a tener cincuenta millones de lectores cuando escribía para el conglomerado de William Randolph Hearst, Winchell usaba sin escrúpulos la información que llegaba a sus oídos sobre la vida privada de las celebridades neoyorquinas y pasó de la temprana oposición a Hitler al fervor anticomunista durante los años del macartismo. Y, aunque el reproche se entiende fácilmente en un país donde la Primera Enmienda otorga una especial protección a la libertad de expresión, el principio que subyace a ella debería ser compartido por cualquier sociedad democrática: aunque su ejercicio acarrea daños colaterales, la libertad de expresión es un bien colectivo que merece la mayor protección posible. Y ello pese a que —o justamente porque— los poderosos de toda condición tratarán de limitarla con el fin de proteger sus intereses.

Tal es la tesis alrededor de la cual gira esta notable historia global de la libre expresión, que no por casualidad ha sido escrita por un ciudadano danés que responde al nombre de Jacob Mchangama y dirige un laboratorio de ideas llamado *Justitia*. Dinamarca es, junto con Suecia u Holanda, uno de los países europeos donde antes fructificaron las luchas por la libertad de expresión: fue en el reino danés donde se abolió por vez primera la censura a la prensa en 1770, lo que mereció el aplauso de Voltaire al rey Cristián VII. Al igual que ha sucedido en casi todas partes, la liberalización de las opiniones generó un desorden público que condujo a una regresión temporal: el regente que había promovido la norma fue decapitado y se prohibieron los artículos de prensa dirigidos contra el gobierno. Se trata de un patrón que vemos repetido a lo largo del libro y que alcanza su expresión más cumplida en las revoluciones francesa y rusa; en ambos casos nos encontramos con fervorosos revolucionarios que defienden la libertad de expresión *contra* el

régimen despótico que quieren derribar... e inmediatamente la coartan cuando son ellos los que ostentan el poder. Y que lo hacen, como atestiguan las palabras de Marat o Lenin, en nombre de la libertad: igual que los gobernantes democráticos que hoy arremeten contra los tecnooligarcas o se escandalizan con las *fake news* proponen intervenir las redes sociales... ¡para proteger la democracia! La verdad es que todo está inventado.

Sin embargo, hay que explicarlo; para que no se olvide. O para que no se nos engañe demasiado fácilmente. Y eso es lo que hace, con dotes de divulgador y sin miedo a rellenar una página tras otra, el autor de este libro. Mchangama subraya que la libertad de expresión se encuentra siempre en juego: “nunca se conquista ni se pierde del todo”. Sus raíces son profundas y los debates en torno a ella han cambiado menos de lo que pensamos; lo que cambia es el marco tecnológico que da forma a la esfera pública, cuyas sucesivas transformaciones —con la difusión de la imprenta, el telégrafo, la radio, la televisión, internet— han sido recibidas de manera invariable con una aprensión generalizada. Pero en la Antigüedad ya nos encontramos con el contraste entre una concepción igualitaria y una concepción elitista de la libertad de expresión: la primera postula que todos los ciudadanos pueden expresar sus opiniones y la segunda juzga que solo los más preparados deben llegar a hacerlo. Recordemos que los atenienses condenaron a muerte a Sócrates alegando que sus enseñanzas corrompían a la juventud; y que Cicerón demandaba que la élite velase por el bienestar de “artesanos, tenderos y demás escoria”. Tan lejos, tan cerca: quienes propugnan controlar las redes sociales dicen temer las consecuencias de una opinión corrompida por las noticias falsas o los algoritmos, confiando en el criterio superior de unos gobernantes a los que por alguna extraña razón

se describe como siempre veraces e incorruptibles.

Mchangama sigue un criterio cronológico, relatando con afán didáctico y considerable nivel de detalle las peripecias de la libertad de expresión a través de la historia occidental, con ocasionales paradas en Asia, recalcando siempre que tiene ocasión el influjo que el pasado ejerce sobre el futuro: los *founding fathers* de la república estadounidense, por ejemplo, se miraron en el espejo de la antigua Roma. Y no rehúye las contradicciones exhibidas por algunos campeones de la palabra libre: el inigualable John Stuart Mill, que trabajaba en la Compañía de las Indias Orientales, reclamaba para el Reino Unido aquello que negaba a las sociedades coloniales. El autor danés resalta los logros intelectuales de la Edad Media europea e islámica, que desemboca en la revolución que protagonizan Gutenberg y Lutero: no deja de ser irónico que el primero terminase arruinado y el segundo recurriera a la censura para silenciar los textos protestantes que se apartaban de sus enseñanzas. También describe la pragmática defensa de la libertad de expresión con la que los holandeses responden a la fractura religiosa de la sociedad en tiempos de Spinoza, la sinuosa trayectoria que sigue la censura estatal en Inglaterra después de la Revolución Gloriosa, la batalla de los *philosophes* ilustrados contra la monarquía absoluta, las “guerras de panfletos” en la Norteamérica prerrevolucionaria o el control totalitario de la sociedad en Rusia o Alemania. Tiene algo interesante que decir sobre las lecciones que nos dejaron fascismo y comunismo:

Cabe pues preguntarse si las sociedades abiertas deberían temer más a los movimientos totalitarios que abusan de la libertad de expresión para destruir la propia libertad, o a los Gobiernos democráticos que abusan de los límites a esa libertad para silenciar a la disidencia.

Y tiene la lucidez de añadir que quienes invocan la experiencia del Tercer Reich para justificar “una intolerancia institucional hacia la intolerancia” parecen olvidar que la mayoría de las democracias liberales han sido capaces de frenar al comunismo —que también las amenaza— sin recurrir a la censura ni la represión: ¿no habríamos de resistir la crecida de la extrema derecha sin renunciar a la libertad democrática más esencial de todas? Mchangama nos recuerda que la mismísima Eleanor Roosevelt predijo en la posguerra mundial que las prohibiciones derivadas de la figura del discurso de odio conducirían a la represión de la disidencia y la reducción del pluralismo: décadas más tarde, estamos en las mismas.

De ese mismo hilo tira el autor para describir un mundo contemporáneo marcado por el retroceso de la libertad de expresión. Y no por culpa de las redes sociales, sino por efecto de una represión —dicho sea en sentido amplio— que adopta múltiples formas: del encarcelamiento de periodistas en los regímenes autoritarios a la cultura de la cancelación promovida por la izquierda puritana, pasando por los atentados islámicos contra aquellos a quienes juzgan blasfemos y los ataques a la prensa libre perpetrados por los gobernantes iliberales. No está muy conforme con las medidas adoptadas por la UE so pretexto de luchar contra la desinformación, pese a considerar que los algoritmos deberían ser más transparentes y que las grandes plataformas concentran demasiado poder. Ahora bien: nada de eso justifica el pánico moral que sufren —o dicen sufrir— unas élites que atribuyen a las redes sociales todos los males imaginables, empeñadas como están en “tratar cada tuit o contenido ‘problemático’ como una amenaza potencial para la democracia” en lugar de dejar que los ciudadanos decidan cómo deben procesar el flujo comunicativo al que tienen acceso en el interior de la esfera pública digital.

Mchangama sabe que la libertad de expresión no favorece siempre la verdad: está lejos de ser un ingenuo. Pero también sabe que su ejercicio produce sociedades más democráticas e igualitarias, donde las minorías tienen altavoces para expresar sus demandas y quienes ostentan el poder son objeto de una fiscalización más eficaz. Su conclusión es tajante: “la censura señala el final de una sociedad libre, no su principio”. Y es una conclusión acertada. Mejor será que no lo olvidemos. ~

**MANUEL ARIAS MALDONADO** es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. En 2025 publicó *La pulsión nacionalista* (EnDebate).

## CUENTO

# Imaginación fantástica

por **Libia Brenda**



**Alberto Chimal**  
**LAS MÁQUINAS ENFERMAS**  
Madrid, Páginas de Espuma,  
2025, 152 pp.



**LAS ESTANCIAS SECRETAS**  
Gerona, Atalanta, 2024,  
232 pp.

La obra de Alberto Chimal se extiende a lo largo de más de tres décadas y abarca varios géneros, en especial el narrativo; de este último, destaca su labor como cuentista. Desde la aparición de *Gente del mundo* —un libro de narraciones breves autoconclusivas que pertenecen a un universo propio que las contiene— quedaba claro que la voz de Chimal era no solo excepcionalmente original en relación con lo que se publicaba en el ámbito canónico, sino que abrevaba de varias tradiciones literarias e históricas.

*Las máquinas enfermas*, su libro de cuentos más reciente, gira alrededor de un mismo tema: los varios efectos y resultados de las (mal llamadas) inteligencias artificiales en la vida de las personas. Es pertinente aclarar que esta no es una representación mimética de lo que vemos ahora mismo ni tiene tampoco un afán de predicción: son narraciones especulativas que nos hablan, de un modo caleidoscópico, de un aspecto muy concreto de nuestra humanidad, uno que está construyéndose y, de manera simultánea, refleja lo que siempre hemos sido: seres capaces de crear belleza y monstruosidad a partes iguales. En una de las historias, el presidente de una nación se vuelve adicto a hablar con una IA, al grado de que empieza a depender de ella y deja de ser funcional como gobernante; pero no está solo, varios líderes del mundo caen bajo el mismo influjo. En otra, una conciencia artificial, Lili, está suplantando la conciencia de las personas que descargan cierto *software* y escuchan ciertos audios. En una más, una iglesia se funda en torno a una figura que se interpreta como oracular y es totalmente electrónica. En otra distinta, una mujer accede a que la empresa para la que trabaja le haga un implante directamente en el cerebro, para descubrir que es mucho más difícil revertir el proceso, y la postura de la misma empresa ante este hecho. En la que cierra este volumen, un hombre despierta y, en algún momento de su día, empieza a sospechar que podría ser el personaje de una simulación virtual (como en la hipótesis de la simulación de Nick Bostrom).

A lo largo de estos nueve cuentos vamos adentrándonos en un universo tan similar al nuestro que parece una superposición; sin embargo, como sucede a menudo con el trabajo literario de este autor, hay siempre un atisbo de otredad, de extrañeza y de imaginación que nos indica, a manera de pequeñas marcas dejadas en el camino para señalarlo, que estamos ante una

obra ficcional de excelente manufactura, redonda y contundente.

*Las estancias secretas* es, en cambio, una antología en el sentido etimológico del término: engloba diecisiete de los mejores cuentos que se han publicado en diferentes medios y da cabida a la múltiple variedad de registros que Alberto Chimal explora en su narrativa breve. Como ha dicho el propio autor, muchos de los textos aquí reunidos adoptan su forma definitiva (en algunos casos, versiones ligeramente distintas de las anteriores, en otros, de modo radical) y no volverán a publicarse. Eso hace que esta reunión tenga un aire de definitividad, de colección para quienes lo leemos desde hace tiempo, y también que constituya una forma excelente de conocer su propuesta literaria.

Aparece, por ejemplo, Horacio Kustos, un célebre explorador que ha transitado por libros enteros como *El último explorador* o *La torre y el jardín*. Hay ejercicios formales como “Álbum” que, en un espacio brevísimo, cuenta una historia violenta sin mostrar explícitamente los hechos. Por otro lado, “Shanté” resulta difícil de clasificar: es una entrañable narración de medio aliento que ha pasado por diferentes iteraciones y trata de amistad, de avatares virtuales, de refugios, acaso de adicciones. En cambio, “La mujer que camina para atrás” es un cuento de estructura casi tradicional que cumple con el cometido de dejarnos el miedo metido en el cuerpo a partir de señalar una de las varias realidades más dolorosas del país. Como dice Cecilia Eudave en el prólogo a *Las estancias secretas*, Alberto Chimal “está reescribiendo la historia del México en el que le tocó vivir para describirlo en sus identidades diversas, en sus semejanzas turbias, escuchando el vago murmullo del caos que se esconde en las historias aún no contadas”.

En ambos libros se pueden entrever muchas de las variadísimas filaciones culturales de Chimal: de Edgar Allan Poe, Jorge Luis Borges (como

también subraya Eudave) o Villiers de l'Isle-Adam al Conde de Lautréamont, de Italo Calvino o leyendas tradicionales de la época de la colonia a la obra de David Lynch o la de Monty Python, incluso Alan Moore y el cine de Stanley Kubrick o, desde un punto de vista más pop, la huella que ha dejado una figura como Batman, de la cual también Chimal ha escrito un guion incluido en la antología internacional *Batman. El mundo*.

Chimal es, además, uno de los escritores que más ha colaborado para crear y difundir el imaginario insólito mexicano que va de Amparo Dávila y Juan José Arreola a Emiliano González o Verónica Murguía. No solo ha sido colaborador de diversos proyectos independientes, publica desde 2005 un sitio de literatura *online*, *Las Historias* ([www.lashistorias.com.mx](http://www.lashistorias.com.mx)), y mantiene, junto a la escritora Raquel Castro, un canal público de videos y un boletín gratuito. Esta generosa labor es una extensión de la docencia, pero también una forma de abrir la literatura y compartirla; en la práctica, desmonta la idea de que la escritura es dada solo a unos cuantos elegidos que no tienen contacto con el mundo y se encierran en la proverbial “torre de marfil”. En ese sentido, la práctica literaria de Alberto Chimal se extiende más allá de sus libros y convive, conversa, con gente que lee y a la que le interesa la escritura.

En un momento histórico en que el mundo está lleno de estrés, incertidumbres y amenazas, la literatura especulativa o de “imaginación fantástica” –término acuñado por Chimal– puede ser el faro que sirva como punto de referencia y también refugio ante la incertidumbre que causan las falsas promesas de la tecnología y el capitalismo. Una labor como la de Alberto Chimal subraya que siempre podemos recurrir a los libros, a las voces lúcidas, a la conversación humana. *Las máquinas enfermas* y *Las estancias secretas* son un material inmejorable para pensar

lo que nos sucede en este momento y las consecuencias que vendrán. Hoy día, cuando incluso se debate lo absurdo de que las “máquinas” en la realidad generen un supuesto arte de consumo, tenemos libros como estos que, a través del tiempo y del espacio, plantean que vale la pena sostener la creatividad y los espacios para acogerla y difundirla.

Se puede celebrar que estos dos libros circulen también en México. *Las máquinas enfermas* en Páginas de Espuma, un sello especializado en cuento y narrativa breve con una amplia muestra latinoamericana. Y *Las estancias secretas* en Atalanta, una editorial con una apuesta atemporal que ha incorporado a su catálogo títulos clásicos de todo el mundo y todas las épocas, y ahora presenta esta antología que está en vías de convertirse también en un clásico. ~

**LIBIA BRENDA** es escritora, editora y traductora. Su libro más reciente es *De qué silencio vienes* (BUAP, 2023).

## HISTORIA

# Así lloraban los antiguos

por Mercedes Cebrián



**Alain Corbin y Hervé Mazurel**  
HISTORIA DE LAS  
SENSIBILIDADES  
Barcelona, Acantilado, 2026,  
128 pp.

*Historia de las sensibilidades* es un libro raro, pero en el buen sentido: no termina de ajustarse a lo que habíamos previsto y, sin embargo, deja un buen sabor de boca. Su título, de lo más sugerente, invita a imaginar un volumen ambicioso que recorra la manera de sentir y emocionarse de los humanos a lo largo de las distintas etapas históricas, una especie de gran atlas de los sentimientos. No obstante, su brevedad (apenas unas 120 páginas)

obliga más bien a ofrecer una serie de incursiones, no a mostrar un mapa completo. Aun así, el libro funciona como una puerta de entrada eficaz a esta rama de la historia y, sobre todo, como una pequeña caja de herramientas para entender cómo trabajan los historiadores contemporáneos: cuáles son sus límites y sus precauciones metodológicas, entre ellas el anacronismo psicológico, algo así como el pecado mortal del gremio.

Según indica la cubierta, el libro está escrito a dos manos por Hervé Mazurel y Alain Corbin, a quien los lectores hispanohablantes reconocerán por ensayos como *Historia del silencio* o *Terra Incognita. Una historia de la ignorancia (siglos XVIII-XIX)*, también publicados por Acantilado. Sin embargo, el volumen tiene algo de obra coral: participan otros cuatro historiadores, cada uno con un ensayo centrado en aspectos concretos del sentir en distintas épocas. “El llanto en la Antigüedad romana”, de Sarah Rey, abre el conjunto y en él aprendemos curiosidades como el hecho de que los romanos distinguieran entre tres tipos de llanto –la *lacrimula* o lagrimita, la *lacrima* a secas y la crisis de llanto (*fletus*)– y que los oradores podían permitirse llorar cuando se aproximaba el final del discurso.

Le sigue el texto de Damien Boquet sobre las emociones en la Edad Media, que desmonta la idea de un Medioevo necesariamente “impulsivo, hipersensible y emotivo”. La Edad Media aparece aquí más reglada de lo que suele suponerse, con marcos de expresión bastante definidos. A continuación, Anouchka Vasak propone un ensayo que vincula el tiempo atmosférico con el discurso sobre los estados de ánimo en la Ilustración y el Romanticismo, estableciendo paralelismos sugerentes entre clima y carácter. Cierra esta primera parte Clémentine Vidal-Naquet con un estudio sobre la correspondencia entre enamorados durante la Primera Guerra Mundial, donde el vínculo

sentimental se construía en diferido, entre cartas que intentaban sostener una intimidad a distancia y bajo amenaza constante.

Los dos textos finales adoptan un tono más metahistórico. En ellos, Corbin, Mazurel y otros autores revisan los orígenes de este enfoque, la terminología que ha ido cristalizando –“emocionología”, “egodocumentos”– y los pioneros sin los cuales no habría sido posible, como Lucien Febvre, al que muchos rinden homenaje. Ya Friedrich Nietzsche, en *La gaya ciencia*, se preguntaba dónde encontrar una historia “del amor, de la avaricia, de la envidia, de la conciencia moral, de la piedad, de la crueldad”, y preocupaciones de ese tipo, en relación con el cuerpo, los apetitos y las pasiones, ocuparon también a Sigmund Freud y a Karl Marx. “Lo sensorial es un objeto histórico de pleno derecho”, afirma Corbin, y así lo demuestran estos ensayos que nos hacen querer leer más al respecto, no solamente sobre las emociones, sino también sobre el auge de los distintos sentidos a lo largo de la historia. Un ejemplo particularmente oportuno es el de la vista en nuestra época: en la actualidad es el eje privilegiado en nuestra relación con el mundo, pero durante siglos no fue así. En el Renacimiento, según apunta Febvre, citado por Mazurel, las personas mantenían una relación con el mundo “sinestésica”, pues en ella intervenía la totalidad de los sentidos. Mazurel también subraya la importancia de la generalización de las farolas de gas en las ciudades europeas del siglo XIX, hecho que cambió radicalmente el modo de enfrentarse a la vida nocturna.

El libro abre líneas para que el lector pueda seguir profundizando por su cuenta. De ahí que la bibliografía final de cada ensayo resulte especialmente útil: permite, como dice Mazurel, “restablecer la atmósfera mental de otras épocas”, aunque seamos conscientes de que siempre habrá

una distancia insalvable con ellas. Además, esta historia de las sensibilidades no se detiene en la Primera Guerra Mundial: también ofrece algunas pistas para pensar el presente, un tiempo en el que el auge de la categoría de víctima en la escena pública o el declive del sentimiento de culpa (asociado a la pérdida de la observancia religiosa) configuran nuevas formas de sentir. No es poco para un volumen tan breve, que nos ayuda a desplazar el eje desde el que miramos la historia. ~

**MERCEDES CEBRIÁN** es escritora. En 2025 publicó *Estimada clientela. Una celebración del arte de ir de compras* (Siruela).

## CUENTO

# Balada triste de Sarajevo

por **Miguel Roán**



**Dario Džamonja**  
PÁJARO EN EL ALAMBRE  
Traducción de Marc Casals  
Barcelona, Sajalín, 2025,  
170 pp.

La guerra significa drama, dolor y muerte, tedio y espera, pero también se aceleran las biografías. En algunas personas el tiempo es más relativo que en otras, que parecen tener años de perro. Dario *Daco* Džamonja es una de ellas. Nacido en Sarajevo, vivió la vida de manera trepidante, multiplicada por el destino trágico de la capital bosnia. Periodista y narrador, todavía hoy conserva estatus de escritor de culto, como exponente del talento, pero también de lo grotesco y triste que tiene la ciudad en sus entrañas.

El arrojito de Sajalín editores y del traductor Marc Casals es encomiable, porque nos ofrece a un autor de esencia local, sin los focos mediáticos ni premios ni traducciones a idiomas extranjeros, que probablemente terminarán por llegar con el paso del tiempo (después de la versión española de *Cartas desde el manicomio* ha salido

la inglesa, traducida por una hija del autor, Nevena).

Esta es una suerte de crónica biográfica de ida y vuelta. El autor, herido durante el asedio, decidió marcharse a Estados Unidos para estar cerca de sus dos hijas, de sendos matrimonios con una bosnia y una estadounidense. En su relato, Džamonja no vivió ningún sueño americano: saltaba de un trabajo precario a otro, persistía en su desafuero alcoholizado y convivía con las resacas como si fueran estados de ánimo, pero seguía pensando y escribiendo desde su ciudad de origen; hasta que no aguantó más y volvió a la capital bosnia, para dejar una frase mítica frente a la cámara (según el prólogo de Casals): “Prefiero morir como escritor en Sarajevo que como cocinero en América.” Y fue así como cumplió su deseo con 46 años en el año 2001, en un bar cerca de su domicilio.

Esta obra se inserta en un género del exilio, donde caben los títulos de Velibor Colić, Aleksandar Hemon, Ismet Precić, Dubravka Ugrešić, Semezdin Mehmedinović o Saša Stanišić, autores que entre líneas parecen escribir desde un lugar abandonado, pero siempre presente. Se trata de un género literario en sí mismo, donde el desgarro de la deslocalización transpira nostalgia, perplejidad y una profunda y lacerante soledad, incluso en los mejor aclimatados. El personaje de Adif en *Cartas desde el manicomio* parece un *alter ego* de Džamonja: “Llevo ya cinco años fuera de Sarajevo y, si me hubiese pasado la vida entera chutándome heroína, a estas alturas ya me habría quitado. Pero de Sarajevo no puedo ni aunque me maten.”

Džamonja puede ser categorizado de *beatnik* balcánico, entre John Fante, Raymond Carver, Jack Kerouac, Ernest Hemingway y Charles Bukowski, pero con la cadencia rítmica de Sarajevo, con la musicalidad de sus calles, el aura de maldición, pero también del hedonismo que inspira la ciudad (cada año todavía celebran al columnista en una de sus *kafanas*:

“Setalište”). En realidad, es un precursor de la “generación mutilada”, de los autores locales que sobrevivieron a la guerra para luego sufrir las consecuencias de la paz, como Faruk Šehić, Bekim Sejranović, Selvedin Avdić o Feđa Štukan.

Džamonja fue un embajador de lo suburbano, de los cafés y las mesas y sillas de madera, de los locales invadidos de tabaco y la clientela introvertida. Muchos de esos lugares han desaparecido, pero el humor parco y resabiado que se estila en Bosnia y Herzegovina es una marca de denominación de origen. En sus textos se transpira un espíritu disconforme y evasivo, que tiene que ver con la resignación ante un mundo incontenible, en el que sobreamentan las derrotas y cualquiera puede sentir la insignificancia del individuo.

El escritor bosnio escribía tal como vivía y esa relación honesta con la creatividad sedujo a sus lectores, pero excede la mera transparencia; hay en su legado el orgullo de clase de toda una generación, y con ello una nueva autoestima: de grupos musicales como Bijelo Dugme y Prljavo Kazalište, de cantantes como Zdravko Čolić y Dino Merlin, de escritores como Karim Zaimović y Abdulah Sidran o del grupo de cómicos Top Lista Nadrealista, que subieron a Sarajevo varios peldaños en el escalafón del reconocimiento yugoslavo. Vale la pena pararse en estos creadores cuyo prestigio podía rivalizar en los años ochenta con Belgrado, Zagreb y Liubliana.

*Pájaro en el alambre*, recientemente publicado también por Sajalín editores (con prólogo de Ahmed Burić), es una colección de relatos (escogidos por Ferida Duraković y Goran Samardžić) que están escritos desde los márgenes: de la inopia, de la humillación e incluso del desamparo, una burla contra solemnidades, poses y boatos. El estilo de frases cortas y la carencia de aderezos acrecienta la visión descarnada de la propia

existencia, pero, para los menos familiarizados con el mundo balcánico, homenajea los diálogos sobrios de la vida sarajevita, una retransa insolente y hasta cínica, con la causticidad de quien es auténtico frente a hipocresías, elitismos y convencionalismos vacuos. En un paisaje social donde han muerto los idealismos, su falta de expectativas es coherente con cómo sienten y padecen él y la mayoría de los sarajevitas. No engaña a nadie y con ello parece representar a todos.

El autor sabía que en el futuro habría “debaques aún más estrepitosas”. Esta aspereza no es incompatible con el vitalismo sentimental: la simpatía hacia los animales, el sabor amargo del fracaso, la mugre de la vida suburbial, el pudor de la falta de recursos, el desapego en familia, el miedo al rechazo, la autoconciencia de la vida bohemia y penderciera... la mezcla de sobriedad y ternura nos hace reflexionar sobre la dosificación de las emociones, y aquí confía en los lectores: una exigencia que invita a identificarse con la lucha personal, donde la sensibilidad desborda por el peso de las acciones y no de sus adjetivos.

Los que le conocieron dicen que se le podía sentir tan cercano como lejano y es muy probable que en su literatura se pueda indagar en ese vacío indescifrable, precisamente porque puedes percibir la dureza de su vida.

El sentimiento de melancolía y felicidad imposible como más se expresa en Sarajevo es a través de los silencios; esta puede ser una melodía desconocida para muchos lectores amigos de una idealizada Jerusalén europea, que en realidad es muchas otras cosas y que, con el ruido de la guerra, quedó escondida. En los pasajes de la vida de Džamonja hay muchas baladas tristes, rocanrol, *sevdalinka* y blues. Es momento de que resuenen con buenos altavoces fuera de la capital bosnia. ~

**MIGUEL ROÁN** es escritor y director de *Balkanismos*.

ENTÉRATE  
DE LO ÚLTIMO  
EN NUESTRA  
CUENTA DE X.



@LETRAS\_LIBRES



WWW.LETRASLIBRES.COM